

ct

Piel de cebolla

de
Paco Romeu

(fragmento)

con

Una MUJER blanca
Un HOMBRE negro

La escena reproduce un sótano oscuro y diáfano sin más salida al exterior que una trampilla lateral en el extremo superior izquierdo, a dos metros largos del suelo, que lo comunica con la calle a ras de acera.

Entre escena y escena, un suave fundido a negro.

1

Se abre la trampilla. La luz del día y un ensordecedor fragor de revuelta inundan las tres paredes que delimitan el escenario vacío. El cuerpo de una persona adulta cae al suelo desde la trampilla, que se cierra de inmediato. La escena vuelve a quedar a oscuras y en silencio.

En el suelo, bajo la trampilla, alguien enciende un teléfono móvil. La luz de la pantalla ilumina el rostro sucio y pálido de una MUJER y su melena rubia y enredada. Quejumbrosa y sin resuello, comienza a marcar un número, pero el teléfono se apaga emitiendo un desagradable zumbido., la MUJER, impotente, solloza en la oscuridad.

2

Se abre la trampilla. De nuevo la luz del día y el alboroto de la muchedumbre enardecida. La MUJER está tumbada en el suelo, en el centro de la escena, junto al teléfono. Utiliza como almohada un maletín de piel. Cegada por el resplandor, se incorpora protegiéndose la vista con las manos. Alguien lanza una botella de plástico llena de agua a través de la trampilla, que vuelve a cerrarse de inmediato.

La MUJER, jadeante, se arrastra en la oscuridad hasta que consigue aferrarse a la botella y beber con ansia.

Se abre la trampilla. Vuelve la luz del día y la algarada, ahora algo menos numerosa y salpicada con disparos y gritos de terror. La MUJER aparece sentada en el suelo, junto al maletín, el teléfono y la botella vacía, cegada de nuevo por la luz del exterior. Alguien lanza un pequeño objeto a través de la trampilla, que vuelve a cerrarse de inmediato dejando la escena a oscuras.

Tras unos segundos de trasiego se enciende en las manos de la MUJER un farolillo de plástico que apenas alcanza a iluminar un par de metros. La luz, tenue y blancuzca, permite apreciar sus rasgos nórdicos, sus cuarenta años bien cuidados, el elegante conjunto ejecutivo de color gris, ajado y sucio, las medias rasgadas y los zapatos de tacón alto. Recorre la escena con el farol en la mano: se acerca primero al lado derecho, donde comprueba que no hay nada más que la pared; después recorre el fondo, de derecha a izquierda, con idéntico resultado; por último llega al extremo izquierdo, bajo la trampilla cerrada. Salta varias veces tratando de alcanzarla, pero está muy lejos de conseguirlo. Grita hacia ella y escucha con atención, pero no obtiene más respuesta que el sonido ahogado de una lejana ráfaga de disparos.

El farol está encendido en el centro de la escena, junto al teléfono y la botella vacía. Aunque apenas tiene las fuerzas justas para mantenerse sobre sus tacones, la MUJER, con el maletín aferrado al pecho, recorre la escena de un extremo al otro, una y otra vez, como un animal encerrado en una jaula. Con un hilo de voz, canturrea una melodía en una lengua que parece nórdica.

El farol continúa encendido en el centro de la escena junto al teléfono y la botella vacía, pero su luz es ahora muy débil. La MUJER está sentada en el suelo, observando el maletín cerrado. Lo abre y saca un fajo de billetes grandes, del que separa uno. Le da un bocado, mastica, traga... Con evidente repulsión se mete en la boca el resto del billete. La luz del farol parpadea un par de veces antes de apagarse definitivamente.

La trampilla se abre de golpe. Es de noche y apenas entra algo de luz artificial desde la calle, la suficiente como para descubrir a la MUJER dormida en el suelo junto al farol apagado, el teléfono, la botella vacía y el maletín abierto. Fuera no se escucha nada más que el rumor del escaso tráfico y algún grito lejano.

Una persona alta y corpulenta salta desde la trampilla hasta el suelo. No se distingue su cara, pero sí una mochila en su espalda. Se la quita, la abre y saca algo de su interior. Se acerca al farol, lo coge y lo manipula. Lo enciende, vuelve a dejarlo donde estaba, junto a las pilas que acaba de sustituir. Ahora se le observa mejor: es un HOMBRE de raza negra, alto y fibroso; va descalzo, viste unos vaqueros que no se han lavado nunca y una cochambrosa camiseta deportiva. Saca de la mochila una nueva botella de agua y tres cebollas. Lo deja todo en el suelo, junto al farol. Con cuidado de no despertarla, comprueba que la MUJER sigue viva. Le llama la atención el teléfono: lo coge con cierto gesto de repulsión y, tras comprobar que no funciona, vuelve a dejarlo donde estaba. Después se fija en el maletín abierto. Coge de su interior varios fajos de billetes, justo en el momento en que llega desde la calle, a través de la trampilla abierta, el sonido de carreras y gritos muy cercanos. El HOMBRE apaga el farol y espera, inmóvil. En cuanto se aleja el alboroto, vuelve a encenderlo. Coge un único billete de uno de los fajos, se lo guarda en un bolsillo del pantalón y vuelve a dejar el resto en el maletín. Se cuelga la mochila a la espalda, se encarama de un salto al hueco de la trampilla y trepa hasta salir. Una vez fuera, cierra la trampilla.

El farol sigue encendido en el centro de la escena. La MUJER, que todavía duerme en el suelo junto al teléfono, el maletín abierto, la botella de agua y las cebollas, comienza a despertar. Débil y desconcertada, se incorpora y descubre la botella; se abalanza sobre ella y bebe hasta atragantarse. Una vez saciada se fija en el maletín con gesto alarmado; saca unos cuantos fajos de billetes, los cuenta y se tranquiliza. Cierra el maletín y descubre las tres cebollas junto al farol. Coge una de ellas, le pela la primera capa y le propina un bocado grande, redondo, entero. Mastica, traga, tose, bebe, da un nuevo bocado, mastica, traga, tose, bebe... Un par de lágrimas, rotundas pero sin llanto, le recorren el rostro.

El farol sigue encendido en el centro de la escena. A su lado, el teléfono, dos cebollas y las dos botellas vacías. A pesar de que la trampilla está cerrada, desde la calle llega de nuevo el rumor de un gentío exaltado que ahora vuelve a parecer mucho más numeroso. La MUJER duerme con el maletín como almohada, hablando en sueños en una lengua nórdica. De pronto despierta, gritando, muy alterada y con la frente empapada en sudor. Se incorpora y mira a su alrededor con resignación.

Se abre la trampilla y la luz del día inunda la estancia. El estruendo de la algarada en la calle es ensordecedor. El HOMBRE, con la mochila a la espalda, salta al interior del sótano al tiempo que cierra la trampilla. La MUJER, aterrada, se agazapa de un salto en el extremo derecho de la escena.

MUJER

(Con marcado acento nórdico.) ¡Llévate el dinero! ¡Cógelo todo pero, por favor, no me hagas daño!

HOMBRE

(Descolgándose la mochila, con serena voz de trueno.) Buenos días, señorita.

El HOMBRE saca una barra de pan de la mochila y la parte en dos mitades. La MUJER lo observa, sin dejar de temblar.

MUJER

¿Por qué me has traído aquí?

HOMBRE

Perdón, señorita. No tengo sitio mejor.

MUJER

¿Dónde estamos?

HOMBRE

¿No oye? *(Calla un instante, permitiendo que se escuche el rumor de la algarada en el exterior.)* Estamos muy, muy cerca de centro del mundo.

El HOMBRE da un paso hacia la MUJER ofreciéndole una de las mitades del pan. Ella, recelosa, da un paso adelante, la coge y vuelve a acurrucarse en el extremo derecho, devorando con avidez. El HOMBRE se sienta en el suelo, junto al farol, y comienza a dar cuenta de su otra mitad. Fuera, del otro lado de la trampilla, se escuchan disparos sobre los gritos de la multitud.